

VIRAJES

SOBRE LAS FORMAS DE PROTESTA CONTRA LA VIOLENCIA POLICIAL

ALICIA IRENE REBOLLAR*

*Reseña***

* Tesista de la Licenciatura en Antropología Social y Cultural de la Universidad de San Martín en Buenos Aires. E-mail: alicia_rebollar@hotmail.com

** Pita, María Victoria. (2010) Formas de vivir y formas de morir. El activismo contra la violencia policial. Buenos Aires: Editores del Puerto/Cels

“Formas de vivir y formas de morir” ahonda en la experiencia de los familiares de víctimas en su lucha, con los recursos disponibles, contra la violación de los Derechos Humanos, y el impacto transformador que se desprende de sus acciones. El trabajo etnográfico realizado por Pita está centrado en diversos casos de muerte por violencia de Estado principalmente por policías y fuerzas de seguridad (casos que en Argentina se conocen como “gatillo fácil”). La mayor parte de estas víctimas son jóvenes, varones, de sectores populares en barrios pobres, con trabajos precarios, ocasionales o sin empleo. La particularidad del fenómeno es que no parecen muertes políticas, sin embargo, la protesta, la denuncia, la impugnación de la violencia de Estado por la intervención de los familiares producen una fuerte politización de las muertes. Este proceso que pone en relieve la figura de los “familiares” como un tipo particular de activista político es el punto nodal del libro.

El libro comienza con una extensa pero útil introducción que consta de siete apartados. En los siguientes seis capítulos la autora entreteteje las narraciones de los actores con aportes teóricos de otros autores y sus propias reflexiones para dar cuenta de sus observaciones en el campo.

“Sobre qué se trata el libro” expone la hipótesis de su trabajo: quienes devienen familiares han ido construyendo un campo de protesta contra la violencia policial, contra la violencia de Estado, y al hacerlo han politizado estas muertes de muertos no políticos. Para la autora el tema está naturalizado y ha sido poco tratado por la literatura académica. Un breve estado de la cuestión sobre las diversas perspectivas sobre la protesta contra la violencia policial ha sido abordado como “legado” de las formas de acción colectiva desarrolladas por el movimiento histórico de los derechos humanos. Por otro lado, el tema ha sido analizado desde el marco de discusión que examina procesos de construcción de derechos humanos, o de nuevas formas de hacer política por parte de la ciudadanía. La autora destaca que compartir formas de protesta semejantes no quiere decir que las organizaciones denominadas “antirrepresivas”, de “derechos humanos” o “asociaciones civiles”, que integran el campo de la protesta contra la violencia policial, también compartan mundos iguales e equivalentes. Bajo apariencias semejantes se ocultan mundos particulares y diversos.

En el segundo apartado, “Muertos y Epitafios”, los muertos cobran centralidad en tanto hablan de las relaciones entre los vivos. El análisis de las narraciones, en las que los familiares describen y dan significado a las muertes de las víctimas, permite “considerar los modos particulares en que son vividas e impugnadas las situaciones de violencia”.

Cuando los familiares narran las muertes de estos jóvenes se están narrando sus vidas, y al mismo tiempo las vidas de quienes las narran. En

este sentido, el epitafio otorga identidad al cadáver, y su tono querellante tiene el valor de la interpelación. En el tercer apartado, “La figura del familiar”, se explicita que la categoría nativa familiar no refiere a familiares en términos de relación de parentesco con una persona muerta a manos de la policía, sino que tal denominación corresponde exclusivamente a aquellos que se han convertido en activistas o miembros de organizaciones de protesta contra la violencia policial, y que además interpelan al Estado. Pita deja en claro que no todas aquellas personas unidas por lazos de parentesco con una víctima se han organizado. En “La politización de las muertes”, el cuarto apartado de la Introducción, la autora se pregunta si es posible definir estas muertes como apolíticas en tanto es la policía, el rostro descubierto del poder del Estado, quien las ha producido. Desde un marco filosófico, despliega los conceptos de nuda vida y homo sacer para explicar cómo estas muertes de vidas no políticas se convierten en muertes políticas. Agamben señala que el homo sacer -una antigua figura del derecho romano- es la expresión de la nuda vida, una forma de existencia reducida al despojo y a la pura entrega al poder soberano. El estado de nuda vida hace del homo sacer un ser *matable o inmolable*, frente a cuya muerte hay impunidad. La autora destaca que los familiares hacen esfuerzos para sacar a las víctimas de ese lugar profano donde los ubicó la muerte en manos de los agentes del Estado. El primer movimiento es convertir a la víctima en sagrada, por lo tanto los familiares reclaman por la sacralidad de la vida. En este proceso, los familiares develan el estado de nuda vida que hizo de las víctimas seres matables para el poder estatal. Los familiares reclamando y aludiendo a sus derechos rechazan su propia condición de matables y pretenden poner límite al poder de la policía. De manera que, muertes de vidas no políticas que no han elegido morir confrontando o resistiendo al poder soberano, se convierten en políticas por el hecho de ser seres a quienes el Estado puede matar por pura sujeción a su poder soberano.

Pita explica cómo construyó su trabajo con técnicas propias de la antropología eficaces para abordar problemáticas antropológicas dentro de la propia sociedad del investigador. La observación participante, las entrevistas, las situaciones conversacionales, se combinaron con el trabajo de archivo y con la construcción de un mapa de los actores con sus obligaciones y reciprocidades. Por otro lado, la oralidad ocupó un lugar central en la investigación, las entrevistas, las conversaciones en distintas circunstancias no solo le permitieron el acceso a las formas de pensar el mundo y a las formas de hacer, sino que le posibilitaron registrar un particular modo de narrar los acontecimientos. Esta narrativa fue complementada con registros fotográficos de actos, movilizaciones, de marchas, de la vida familiar, que fueron provistos por los familiares. De esta manera, los jóvenes muertos

aparecían en las imágenes como personas: practicaban deportes, habían tomado la comunión, tenían amigos.

Este campo de protesta se fue definiendo como un movimiento con entidad propia desde principios de los años 90. Pita menciona dos organizaciones como las más antiguas surgidas de ese campo: CORREPI (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional) resultante de la confluencia de abogados con trayectoria en el tema antirrepresivo, familias de víctimas de “gatillo fácil” y grupos militantes, y COFAVI (Comisión de Familiares de Víctimas Indefensas de la Violencia Social), que se define como una organización de familiares exclusivamente. Simultáneamente a la emergencia de este *mundo de los familiares*, en los años 90 comienza el trabajo del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), que había sido creado en plena dictadura militar (1979) para denunciar las violaciones a los derechos humanos, e incorpora estas muertes por “gatillo fácil” a su agenda de trabajo. Se propone la producción de un corpus documental y crítico que permitiera incidir en la discusión pública en un nuevo contexto democrático donde el tema de la “inseguridad urbana” se instaló en forma creciente en la agenda pública. De acuerdo con Pita, el discurso sobre la “seguridad urbana” terminó obstruyendo el cuestionamiento de las organizaciones de protesta a la expansión del poder policial y sus correlativos abusos. Así es que, en este nuevo escenario ganó la expansión del poder policial que pasó a ser tolerada y propiciada con el fin de garantizar la seguridad pública.

En los dos primeros capítulos la antropóloga refiere, en dos tiempos, a “Las formas de vivir”. En el primero logra reconstruir a partir de las narraciones de personas de carne y hueso, en sentido malinowskiano, la trama preexistente a las muertes. Aquí está la clave que permite acceder al conocimiento de lo sucedido al momento de las muertes. En general, los responsables de las mismas tienden a ocultar las pruebas de lo sucedido, sin embargo los familiares -y también la antropóloga- pueden reconstruir lo que ocurrió reconstruyendo la vida y las relaciones de los jóvenes que resultan muertos. Este conocimiento permitió a los familiares organizar la denuncia y la impugnación de la violencia. Así es que el seguimiento de “lo narrado” termina develando las relaciones sociales y la vida cotidiana de personas para quienes la violencia de Estado y la violencia social no eran ajenas ni lejanas sino parte constitutiva de su sociabilidad. En el segundo capítulo, Pita establece la incidencia de los elementos emocionales, manifestados en los relatos, en la construcción de mundos morales que hacen tanto a las formas de pensar el mundo como a las formas de actuar en él. Así es que, por ejemplo, el “no tener miedo” es una cualidad que posibilita enfrentar a la policía. Los familiares explican que en virtud de las obligaciones creadas por los lazos de sangre deberían actuar, pero solo lo hacen aquellos que en

virtud de su “no tener miedo” consiguen legitimar su derecho a reclamar. Entonces, para la autora pareciera que es en este punto desde donde es posible dar el salto hacia lo político. El “no tener miedo” opera como la fuerza moral que les permite no solo reclamar sino exigir justicia, apelar a la dignidad y hacerse respetar. Todas estas expresiones funcionan eficazmente para inscribir a los familiares en el campo de la política.

En el tercer capítulo, “Las formas de morir”, Pita analiza las formas en que los familiares operan para restituir la humanidad a estas víctimas que han “muerto como un perro”. Describe el trabajo simbólico que los familiares ejercen sobre sus muertos: una labor que se orienta a la humanización de esos difuntos, a devolverles su dignidad, y al mismo tiempo, los familiares reafirman su propia humanidad. Este proceso de dignificación se ve objetivado en los retratos de las pancartas que reproducen escenas cotidianas de las vidas pasadas de los muertos. Así es que puestos en presencia, esos muertos encabezan manifestaciones, reciben homenajes y denuncian públicamente la injusticia. Puestos en escena forman parte de un proceso de politización que tiene como consecuencia el surgimiento de un tipo de particular de activista: los familiares.

En “Las formas de protesta”, el cuarto capítulo de este libro, se develan las claves morales a través de las cuales se expresa la protesta y los modos en que son pensados las víctimas y el poder policial. Rituales de humillación, escarches, insultos y burlas son parte del repertorio habitual en la protesta. La presencia mayoritaria de mujeres agrega un plus de significado a los insultos y las burlas. Los familiares mujeres enfatizan su carácter de madres y en una especie de venganza ritual diferida, en nombre de sus hijos, buscan humillar y deshonar por medio del insulto y la burla a los policías, y en consecuencia al cuerpo institucional. Por otro lado, el dolor y el sufrimiento ubicaron a los familiares en un nuevo estatus que legitima su posición de denuncia y protesta. La participación en los juicios orales es también una forma de protesta, un policía “sometido” al tribunal es apreciado por los familiares como un “territorio ganado”. Tanto los familiares cuyo caso se está dirimiendo como el resto de los familiares, todos saben de la importancia de estar acompañados en esos momentos en que hay que hacer el “aguante”, “hay que bancar”. Estas formas de poner el cuerpo junto a formas de identificación (remeras con fotos de las víctimas, carteles, prendedores, pancartas), a los modos de hablar y de comportarse construyen la vereda que enfrenta al grupo y a la policía.

En el último capítulo, “El mundo de los familiares de gatillo fácil”, una de las tantas cuestiones que se aborda es la diferencia entre familiares y militantes. A partir de un caso la investigadora muestra que para ser un familiar no basta con estar unido por lazos de sangre al muerto, ni basta el

sufrimiento por esa muerte. Lo que parece definir al familiar como activista político es lo que hace con esos lazos, con ese dolor y cómo lo hace. Para la militancia es “natural” que un familiar se movilice y participe de la protesta, y a la vez objeta al familiar porque se moviliza como consecuencia de la obligación derivada del lazo de sangre, y no de una libre elección y convencimiento. El plus de voluntad, valor y falta de miedo que se suma a la obligación del parentesco distingue a los familiares que se politizan de aquellos otros familiares que no se movilizan. Esto no parece ser advertido por la militancia. Sin embargo, hay que reconocer que son los muertos puestos en juego la razón que lleva a los militantes a la lucha y quienes les otorgan a estos la identidad de familiar. Aunque, para lograr esta legitimidad el militante tiene que constituirse como parte de esa comunidad moral y emotiva que se expresa en la categoría de familiar.

El libro cierra con “Epílogo: la intervención del Estado”. En este capítulo final la autora propone un cambio de escena, aquí se muestra cómo la intervención del Estado, por medio de la creación en el año 2004 del Programa Nacional Anti-Impunidad, bajo la jurisdicción del Ministerio de Justicia y Seguridad, convoca a los familiares para que integren un Consejo Asesor. Este programa es propuesto por el gobierno nacional como política pública en respuesta a las numerosas movilizaciones populares contra la inseguridad. Esta acción del Estado pone al mundo de los familiares de gatillo fácil en una situación de máxima tensión que obliga a los familiares a definir y explicitar sus posiciones políticas. Al poco tiempo de comenzar a funcionar el Programa empezaron a presentarse algunos conflictos entre los familiares que integraban el Consejo Asesor y aquellos que decidieron no integrarse. En este sentido, Pita destaca que no es el Estado quien creó el conflicto, sino que operó como el agente que posibilitó que las posiciones políticas divergentes y latentes dentro de un campo que se presenta como homogéneo se develaran.

A modo de cierre, se puede afirmar que “Formas de vivir y formas de morir” incrementa el conocimiento sobre el campo de la protesta contra la violencia de Estado y el activismo político que deriva de ella. A partir de una forma ágil de escritura y apelando a las citas al pie de página para explicar conceptos teóricos y categorías nativas, Pita transforma este texto surgido de la ciencia antropológica en una fuente de conocimiento accesible para cualquier interesado en el tema independientemente de su formación académica.